

LA VIOLENCIA Y LA POBREZA SIGUEN SIENDO LOS MAYORES OBSTÁCULOS EN LA VIDA DE LAS MUJERES

Entrevista con la Dra. Soledad González Montes
El Colegio de México

Antropóloga y doctora en geografía e historia de América, Soledad González Montes comenzó a participar desde 1985 en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México, del que es profesora-investigadora desde 1990. Con 30 años de trayectoria, en esta entrevista hace un repaso de su carrera como antropóloga, de su experiencia en México tras su llegada de Argentina en 1979, de su paso por España, de la violencia casi institucionalizada contra la mujer, de las transformaciones que ha vivido el PIEM y de los retos de los estudios de género.

Antes que nada, me gustaría que nos hablara de sus orígenes en Argentina, como universitaria y académica. ¿Cómo eligió su vocación?

Creo que mi inclinación por la antropología nació desde que era niña, porque viví en muchos lugares y tuve que aprender a entender formas de pensar y de vivir diferentes; me tuve que adaptar a estilos de vida diversos porque mi familia cambió varias veces de lugar de residencia. Mi padre era arqueólogo y en las vacaciones nos llevaba a las excavaciones que hacía en el noroeste de Argentina. Fue algo que gocé mucho en la infancia. Creo que desde entonces desarrollé la curiosidad y el gusto por conocer otros mundos, del pasado y del presente. Puede decirse que de alguna manera la antropología me eligió a mí. Hice mi licenciatura en antropología, en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad de La Plata a principios de los 70, y luego un doctorado en el Departamento de Historia y Antropología de América, en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid. En ese tiempo las maestrías no eran tan comunes como ahora, de modo que primero hice los cursos del doctorado y luego la maestría en antropología social, en la Universidad Iberoamericana, una vez que nos trasladamos a vivir a México.

¿Cuáles fueron las circunstancias que la trajeron a México?

A México llegamos en septiembre de 1979, lo digo en plural porque fue en familia, con mi esposo y mi hija mayor. La época en la que estudié en La Plata fue de mucho compromiso político de gran parte del estudiantado. Por eso hubo mucha persecución, incluso desde antes de que los militares dieran el Golpe de Estado en marzo de 1976. En mi facultad tenemos 80 muertos y desaparecidos, sobre el total de alrededor de 300 estudiantes que éramos en ese tiempo. La dictadura fue feroz. No había posibilidades de desarrollo en libertad para los jóvenes. Por eso nos fuimos a vivir a España. Mi esposo, Carlos Marichal (que es historiador y también trabaja en el Colmex), es hijo de republicanos españoles exiliados, y tenía contactos en Madrid, de modo que los dos conseguimos trabajo allá, donde vivimos dos años y pude hacer los cursos del doctorado. España estaba en los inicios del proceso de transición a la democracia y era una época muy interesante, de efervescencia social y política. De todos modos, teníamos deseos de regresar a América Latina y nos decidimos rápidamente, cuando a Carlos le informaron que se podía presentar a un concurso en la Universidad Autónoma Metropolitana.

¿Qué percepción tuvo, cuando llegó, de México? En este sentido, me veo obligado a dividir la pregunta en dos: por un lado, desde el punto de vista general y, por el otro, desde el punto de vista de sus estudios y especialidad.

Desde que llegué a México comencé a trabajar como docente en la carrera de antropología, perteneciente a la Facultad de Humanidades, en la

Universidad del Estado de México. Mis alumnos venían de los pueblos del Valle de Toluca y eran los primeros de sus familias que lograron estudiar en la universidad. Aprendí mucho de ellos sobre el mundo campesino e indígena, desde la importancia que tienen las fiestas colectivas para la identidad comunitaria, hasta cómo funciona el sistema político mexicano. Ha pasado mucho tiempo, pero recuerdo que mi percepción entonces fue que no había un único México, el de la historia oficial, sino muchos Méxicos, que no sólo eran profundamente diferentes y desiguales, sino que también estaban en conflicto. Mis estudiantes admiraban al Che Guevara, a Rubén Jaramillo, a Genaro Vázquez; y a la historia de estos últimos la conocí gracias a ellos. Por otra parte, estudiaba la maestría en la Ibero: soy “niña Ibero”. Allí, los maestros mandaban a los estudiantes de la licenciatura en antropología a hacer sus primeros trabajos de campo al metro, porque la mayoría pertenecían a la clase media o alta y nunca habían subido al transporte público. Así los iniciaban en el contacto con un mundo ajeno al suyo. Con respecto a la segunda parte de la pregunta, a principios de los 80 en la antropología mexicana estaban en auge los estudios sobre el campesinado, también en la Ibero, que en ese momento tenía investigadores muy destacados en ese campo. Fue ahí donde me formé. Varios de mis maestros tenían orientación marxista y también había algunos que se interesaban por el papel del medio ambiente en la relación sociedad/territorio. Para mi tesis de maestría retomé un tema que había comenzado a trabajar en Argentina en relación con la oligarquía: el parentesco (el matrimonio, la herencia) y la

propiedad de la tierra; pero ahora me interesaba estudiarlo en un contexto campesino de raíz indígena. Pronto me di cuenta de que necesitaba otros enfoques teóricos porque el análisis de las clases sociales y de la relación campesinos/Estado resultaba muy insuficiente para entender lo que estaba encontrando en el trabajo de campo —que era un sistema de parentesco basado en la preferencia por heredar la tierra a los hijos varones, marginando o excluyendo a las mujeres. Contacté a Mílada Bazant, historiadora que había investigado sobre los bienes comunales, y ella me recomendó que hablara con Lourdes Arizpe. Lourdes es una de las grandes antropólogas mexicanas, feminista, de las primeras en escribir sobre mujeres campesinas e indígenas. Trabajaba en el Centro de Estudios Sociológicos del Colmex y fue una de las fundadoras del PIEM. Ella aceptó ser mi directora de tesis y me orientó a leer las investigaciones de las feministas académicas. También me invitó a uno de los primeros talleres del PIEM, que ella coordinaba, sobre mujeres rurales. Allí nos reunimos las personas interesadas en el tema. Después de que Lourdes se fue a dirigir el Museo de Culturas Populares, Vania Salles y yo coordinamos ese seminario, del que resultó el libro colectivo *Relaciones de género y transformaciones agrarias* (El Colegio de México, 1995).

Vio nacer el PIEM y lo integró desde sus orígenes, ¿cómo lo ha visto crecer a lo largo de todos estos años? ¿Cuáles han sido los cambios más significativos del programa?

Me incorporé al PIEM poco después de su fundación,

cuando ya estaban en marcha o iniciando los primeros seminarios. Fueron tiempos de mucho entusiasmo, de mucho ímpetu, porque estaba todo por hacer en este nuevo campo de los estudios, que en ese tiempo se llamaban “de la mujer” y que fueron la base para los estudios de género. El PIEM fue uno de los primeros espacios en el país y en América Latina en impulsar la investigación académica sobre estos temas, de modo que se convirtió en un referente obligado. Una de las primeras cosas que hizo Elena Urrutia, su primera coordinadora, fue armar un directorio de todas las personas e instituciones que podían estar interesadas y aportar a estos estudios, y se hizo una gran labor de tejer redes de comunicación y trabajo, de interlocución entre integrantes de la academia, de diversas instituciones públicas y del movimiento de mujeres. A partir de 1984 se abrieron seminarios de discusión de temas que siguen teniendo vigencia y que tienen que ver con las desigualdades de género y las diferentes perspectivas teóricas que permitían abordar estas cuestiones, así como las experiencias de investigación empírica que se estaban llevando a cabo. Lo fundamental fue que el PIEM nació multidisciplinario e interdisciplinario, como corresponde a estos estudios, de modo que había seminarios sobre la historia de las mujeres y el género, sobre la literatura de mujeres, y otros en los que confluía gente de diferentes disciplinas para analizar temas sociales de interés común, desde las diferentes perspectivas disciplinarias. Fueron diálogos muy ricos, previos a la especialización temática de cada quien, como era inevitable a medida que el área de estudios continuó desarrollándose. En este sentido, hubo claridad respecto a la necesidad

de dar impulso a la investigación en este campo, tanto entre las fundadoras del PIEM como en la Fundación Ford —que fue la que dio un fideicomiso para apoyar la creación del PIEM y su continuidad en el tiempo. Con estos recursos se creó el Programa de Financiamiento a Investigaciones sobre Mujeres y Género, que no sólo daba apoyo económico sino también académico, por medio de seminarios de discusión de los proyectos. Una vez concluidas las investigaciones, seguía la tarea de darles difusión publicándolas. Y aquí vale la pena señalar que el fondo editorial del PIEM cuenta con más de 60 títulos, gran parte de ellos producto de estas investigaciones. El equipo del PIEM era pequeño, nunca superó las siete integrantes, y llevaba adelante muchas actividades como colectivo, además de las investigaciones individuales de sus integrantes: seminarios, coloquios, publicaciones, el Curso de Especialización en Estudios de Género, el Curso de Verano... Por eso eventualmente se decidió concentrar el esfuerzo en nuestras propias investigaciones y en la docencia. Éste fue uno de los cambios más significativos: el viraje hacia fortalecer la investigación interna y la docencia. Sin embargo, la interlocución con investigaciones realizadas fuera del PIEM ha continuado por medio del Seminario Permanente sobre Estudios de Género, que cada semestre se dedica a un eje temático particular. Como es abierto, llega gente de diferentes instituciones, sobre todo académicas, pero no necesariamente. Otro cambio muy importante para el PIEM fue la transformación del Curso de Especialización en Maestría en Estudios de Género. El curso inició en 1991, duraba dos años y tenía requisitos parecidos a los de una maestría. Hubo que pelear bastante para

que el curso se convirtiera en maestría, que como tal inició en 2003. Ahora acaba de concluir la sexta generación, con 17 estudiantes. La maestría está en el padrón de excelencia de Conacyt, de modo que para conservar las becas para las/los estudiantes es necesario lograr eficiencia terminal. Como nos dedicamos mucho a nuestros estudiantes, vamos muy bien y estamos aspirando al nivel internacional, que será otro hito en el desarrollo del programa. Este año dimos un paso en esta dirección al enviar por primera vez a tres estudiantes al Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Libre de Berlín. Por último (porque es el más reciente) un gran hito en la historia del PIEM ha sido la creación de la revista *Estudios de Género*, que nos tiene muy entusiasmadas porque abre una extraordinaria ventana de oportunidad para el intercambio y la difusión. Pensando en el futuro de esta historia que ya lleva treinta y tres años de trabajo constante, considero que un reto muy importante es mantener la interdisciplinariedad del programa, porque ésta es la riqueza de los estudios de género, y porque se necesitan especialistas de diferentes disciplinas para atender los diversos temas de investigación de las/los estudiantes.

Si, de cara a las próximas décadas, estuviera en sus manos una reorientación que enriqueciera los estudios de género en México, ¿cuáles serían los pilares que deberían sostenerlos?

Más que reorientación, lo que creo que hace falta es más apoyo para que los estudios de género puedan reforzarse en todas las instituciones de enseñanza superior; específicamente, con más recursos para plazas, porque en realidad el número de personas que

trabajamos en este campo somos pocas en relación con las necesidades, tanto de investigación como de docencia, difusión e intervención. Hace falta más gente especializada y cualificada en estos cuatro aspectos, cada uno de los cuales tiene su lógica y requisitos particulares. Si se ampliaran los espacios, las nuevas generaciones que se están formando en los estudios de género podrían tener más oportunidades laborales y de incidencia específicas. Todas las áreas de los estudios de género son importantes y se necesitan más recursos humanos formados para incidir en cada una. Desde la academia el reto es hacer buena investigación y que ésta logre ser conocida y tener algún impacto social. Tal como están ahora las condiciones de producción del conocimiento, hay una dificultad práctica para trabajar en la investigación y en la docencia, y al mismo tiempo hacer labor a favor de la aplicación de los conocimientos. Hay un auge de consultorías, que muchas veces involucran cantidades importantes de dinero para la evaluación de políticas y programas de intervención, pero habría que analizar sus objetivos y alcances, y las posibles limitaciones que implican para el desarrollo de un pensamiento crítico, independiente de las fuentes de financiamiento. Por último, creo que uno de los pilares para el enriquecimiento de los estudios de género sería recuperar una mayor interlocución entre la investigación académica y las/los protagonistas organizados para actuar sobre los problemas ligados al género.

Usted es antropóloga y ha hecho trabajo de campo en diversas regiones del país, ¿cómo ha sido su experiencia y cuáles son las dificultades que se ha enfrentado al hacer investigación de campo?

El trabajo de campo ha sido la fuente de mayor estímulo y placer en mi vida profesional, por lo que implica de acercarse a descubrir mundos que no se conocían y entrar en contacto con realidades sociales y personas con toda la riqueza y complejidad que tienen. Pero la vida es paradójica y lo que nos da mayor placer a veces también es fuente de pesar. He llegado a un punto en el que ya no quisiera escuchar sobre las vidas ajenas, sobre todo de mujeres, por toda la carga de violencia y sufrimiento que tienen y que por lo general es la constante y el denominador común. Por otra parte, en el trabajo de campo, como en la vida cotidiana, las mujeres estamos expuestas al acoso. Siempre les he advertido esto a las estudiantes que salen a hacer trabajo de campo, que tienen que estar conscientes y buscar estrategias de cuidado. Ahora a esto se ha sumado la violencia del crimen organizado que ha vuelto muy peligroso y hasta imposible hacer trabajo de campo en gran parte del país.

Uno de sus temas recurrentes son las relaciones de género en el ámbito rural. ¿Qué ha visto modificarse en la cultura campesina e indígena mexicana desde que comenzó a estudiarla?

Desde principios de los 80, que es cuando comencé a hacer trabajo de campo, hasta ahora, ha habido cambios muy fuertes en el ámbito rural mexicano. Para comenzar, las políticas económicas no han favorecido a los pequeños productores agrícolas, sino todo lo contrario, y las familias rurales han tenido que diversificar sus actividades para poder sobrevivir. En muchas regiones se acentuó la emigración, sobre todo de varones, y las mujeres tuvieron que hacerse cargo de lo que quedaba de

la agricultura familiar, por lo que hablamos de “la feminización del campo”, aunque también muchas mujeres jóvenes han emigrado. Para las mujeres ha sido muy importante la posibilidad de controlar el número de hijos que tienen, y el notable aumento en su escolaridad respecto a las generaciones anteriores. Incluso hay cada vez más mujeres de origen rural e indígena que hacen carreras universitarias y han decidido posponer el matrimonio y la maternidad para poder dedicarse a sus estudios, o al activismo en organizaciones. En las últimas tres décadas se han multiplicado las organizaciones dedicadas a defender los derechos de las mujeres en las comunidades y hay una verdadera revolución en las aspiraciones y expectativas de las jóvenes, que además se ve apoyada por el acceso a las redes de información, a través del internet. Ya son cada vez menos los pueblos sin internet o jóvenes sin celular. Junto a esos cambios, que podemos llamar “estructurales”, son fundamentales las historias de las luchas de las mujeres rurales organizadas, para apoyar las demandas de sus comunidades y para defender sus propias demandas de género, “como mujeres”. Un parteaguas, porque dio gran impulso a estas luchas, fue el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en 1994, y para las mujeres en particular, la Ley de Mujeres del EZLN, como lo han señalado muchas investigaciones. Uno de los cambios extraordinarios ha sido la emergencia de un feminismo indígena, que debe ser reconocido como una de las *Cuatro vertientes del feminismo en México*, como lo sostiene Gisela Espinosa en su libro que tiene el mismo título (publicado por la UAM, en 2009). No obstante, los cambios que he mencionado, el modelo de género heteronormativo,

sustentado en la división sexual del trabajo y en la división de los espacios público y privado, tiene una capacidad de reproducción extraordinaria, que se puede ver, entre otras cosas, en el terrible peso que sigue teniendo la violencia de género.

En relación con este último punto, ¿cuál es su participación en los estudios sobre la violencia hacia las mujeres?

Cuando salí al trabajo de campo por primera vez a principios de los 80, las mujeres con las que hablaba me contaron infinidad de historias de violencia ejercida por diferentes miembros de sus familias o por las autoridades locales. Yo tomaba nota mental, pero no sabía cómo incorporar este tema a mis trabajos y la información que me daban quedó como parte de las notas al margen. Fue recién cuando el movimiento feminista logró poner en la agenda pública el problema de la violencia de género, que éste se empezó a estudiar en la academia. El PIEM participó de este proceso a través del seminario coordinado por Irma Saucedo, que convocó a gente de las organizaciones que trabajaban dando apoyo a las mujeres violentadas, a integrantes de instituciones públicas, y a investigadoras. En el seminario discutimos la bibliografía internacional sobre el tema y los trabajos que estábamos haciendo las participantes. También tuvimos la oportunidad de conocer personalmente y escuchar a las pioneras de estos estudios, como Lori Heise, y a quienes trabajaban la violencia desde los estudios de las masculinidades, que estaban comenzando, como es el caso de Juan Carlos Ramírez. El seminario nos dio muchos elementos de apoyo para realizar investigaciones. En mi caso, invité a

tres investigadoras del Colegio de Posgraduados (Pilar Alberti, Beatriz Martínez y Susana Mejía), que participaban en la Red de Promotoras Rurales y en la organización de mujeres *Maseualsiuamej Mosenyolchicauanij*, de Cuetzalan, Puebla, a realizar un estudio sobre la experiencia de las mujeres sobre la violencia y la respuesta del personal de salud y de los tres niveles de impartición de justicia en la región. Se documentaron las formas de violencia y los valores con los que operan las autoridades y prestadores de servicios. Nos quedó muy en claro la importancia que tienen las instituciones en escatimar o dar apoyo a las mujeres, y el hecho de que la movilización de las mujeres organizadas es lo que finalmente logra cambios. En 2006, Rosario Valdez, del Instituto de Salud Pública y pionera en el activismo y la investigación sobre violencia, me invitó a formar parte del equipo que diseñó la Encuesta Nacional sobre Salud y Derechos de las Mujeres Indígenas, que se aplicó en ocho regiones indígenas. Como antropóloga siempre había trabajado a escala local, de la comunidad, o a nivel regional, de modo que ésta fue una gran experiencia para mí, para poder ver el problema desde la perspectiva estadística, que permite comparaciones a gran escala. Considero que es importantísimo poder establecer diálogos entre las investigaciones cualitativas y las cuantitativas en esta temática, porque la información que se obtiene por medio de una, ayuda a iluminar a la que se obtiene por medio de la otra. Una cuestión que me interesó a partir de esta encuesta, es la relación entre el consumo excesivo de alcohol por los varones y la violencia conyugal —algo sobre lo que las mujeres hablan mucho y que nos acerca a los estudios sobre las masculinidades. Sobre esta

cuestión estoy trabajando ahora. Pienso que el reto siempre es poner los hallazgos de los estudios de caso, como los que hago desde mi formación antropológica, en una perspectiva más amplia, para mostrar cómo estos estudios sobre poblaciones particulares, hechos a nivel local o regional, forman parte de tendencias más amplias a nivel nacional e incluso internacional.

Después de tantos años de estudiarla, ¿qué ha aprendido de la violencia hacia las mujeres?

Lo que he aprendido de la violencia hacia las mujeres es que sigue siendo un problema fundamental, tanto a nivel individual como social, que no se logra resolver, a pesar de que el movimiento feminista ha tenido éxitos importantes en hacerla visible, desnaturalizarla, tipificarla como delito y mejorar la legislación. La violencia y la pobreza siguen siendo los mayores obstáculos en la vida de las mujeres, que les impide vivir a gusto y llevar a cabo sus deseos y aspiraciones. La posibilidad de acoso nos hace caminar por las calles siempre en estado de alerta, incluso con temor. Los feminicidios van en aumento, igual que las desapariciones forzadas. Es un problema que no se logra resolver pese a todo lo que se ha logrado con tantos años de lucha. Me impresiona mucho que los agravios, las situaciones y los reclamos de las mujeres que encontré en los expedientes judiciales de fines del porfiriato en el Valle de Toluca, sean prácticamente los mismos que seguimos viendo y escuchando en el presente. Ha cambiado el discurso oficial, ahora tiene que ser más políticamente correcto, pero las prácticas de socialización de niños y niñas en el modelo de género parece que no cambian, es un modelo muy

persistente, refractario al cambio. Los hombres se resisten a perder sus privilegios, pero no son los únicos que contribuyen a la reproducción del sistema. De modo que la lucha sigue, sigue y sigue, como se grita en las marchas.

El pasado 24 de abril se convocó a una manifestación nacional contra la violencia machista que evocó un retraso social grave en torno a esta problemática que persiste desde siempre en México. Estamos en la segunda década del siglo XXI y las demandas de cesar la violencia contra las mujeres nos hacen recordar años pasados, décadas pasadas... En resumen, un siglo atrás. ¿Qué falla en las políticas públicas en México? ¿Dónde está el engranaje mal colocado que nos ha dejado estancados?

No pude ir a la marcha pero leí la crónica de Sara Lovera, que me transmitió su entusiasmo al ver la cantidad y diversidad de participantes, especialmente de las y los jóvenes, porque también están participando cada vez más varones. Yo te respondo con un par de preguntas que apuntan a donde creo que están las respuestas: ¿cómo se va a poder resolver el problema de la violencia de género si cada vez hay más violencia producida por la expansión de la delincuencia organizada, la colusión con el poder público y la impunidad? Hay muchos estudios que muestran el vínculo entre la violencia estructural y la violencia de género. La primera violencia estructural, de la que se desprenden casi todas las demás, es la desigualdad económica, que no disminuye sino que va en aumento, no sólo en México sino en cualquier lugar donde se aplica el mismo modelo económico. Pero para ser más específica: en México la mayor parte de la población

trabajadora tiene ingresos miserables, indignos y condiciones laborales pésimas. Y si a esto le sumas la expansión de la violencia delincencial, que va de la mano con la exacerbación de los peores rasgos de la masculinidad en quienes van armados, más la violencia de la represión a los movimientos sociales de reivindicación de los derechos, ¿qué podemos esperar que mejore en términos amplios, a fondo, de forma duradera, más allá de programas bien intencionados pero de alcance limitado? ≈

Juan Manuel Villalobos
El Colegio de México
jmvillalobos@colmex.mx

Además de los temas que se mencionan en esta entrevista, Soledad González Montes ha escrito sobre las familias y las relaciones de género en el campo mexicano a lo largo del siglo XX; las contribuciones de las ONG que trabajan a favor de los derechos sexuales y reproductivos; la cultura local y la identidad colectiva en una comunidad postnahua.

A continuación, incluimos cuatro de sus trabajos sobre violencia, que muestran algunas de las cuestiones y enfoques con que ha abordado el problema.

González Montes, Soledad (2012), “La violencia de género en el campo mexicano: contribuciones recientes a su conocimiento” en *Estudios Sociológicos*, vol. 30, número extraordinario, pp. 213-238. Disponible en: <http://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/190>

González Montes, Soledad y María Mojarro (2011), “De la victimización a la agencia: Denuncia de la violencia conyugal por mujeres en ocho regiones indígenas de México”, en Ana María Tepichín Valle (coord.), *Género en contextos de pobreza*. México, El Colegio de México, pp. 203-250. Disponible en: <http://piem.colmex.mx/investigadoras/images/docsoledad/2011-victimizacion-a-la-agencia.pdf>

González Montes, Soledad y Pilar Iracheta (2006), “La violencia en la vida de las mujeres campesinas: El distrito de Tenango: 1880-1910” en Carmen Ramos (coord.), *Presencia y Transparencia. La Mujer en la Historia de México*. México. El Colegio de México, pp. 113-143. Disponible en: <http://piem.colmex.mx/investigadoras/images/docsoledad/2006Laviolenciaenlavidademujeres.pdf>

González Montes, Soledad (2004), “La violencia conyugal y la salud de las mujeres desde la perspectiva de la medicina tradicional en una zona indígena” en Marta Torres (comp.), *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*. México, El Colegio de México, pp. 153-194. Disponible en: <http://piem.colmex.mx/investigadoras/images/docsoledad/2004Violenciaconyugalysaluddemujeres.pdf>